

El trabajo analítico, cuando es fructífero, da lugar a la gestación de un núcleo de referencia común para el analista y el analizando aunque situado más allá de ambos, y que tiende a perdurar con independencia relativa de las mudanzas transferenciales y del cuidado directo que le dediquen.

Le cabe el nombre de *Psicoanálisis Valor*, pues sitúa al proceso mismo como algo a sostener y preservar, en tanto lugar de interrogación singular y reparatorio, espacio de reformulación de sentidos y creación de otros nuevos.

Pero también porque siendo inherente a la clínica nos muestra al psicoanálisis como dispositivo cultural, situado en las estribaciones de la Ilustración y aportando con su búsqueda de verdades reprimidas al ethos del racionalismo crítico.

Ocurre que la institución mínima que transferencialmente construimos, a la par de favorecer una semiosis expansiva —de eso se trata el pacto de asociar libremente—, opera como lugar de contención activa e implícita esperanza de religación simbólica.

Lo cual, como sabemos, requiere de una constante reformulación de los límites y una conciencia clara de sus desmesuras y sus restricciones, pues intentamos dar cabida *a los niveles simbólicos de explayamiento máximo que sean posibles para cada analizando*.

Es decir, aquellos cursos elaborativos que registren y legitimen, volviéndolos expresables, las emociones y sentidos disociados por las ansiedades básicas y las restricciones inconcientes.

Ese camino a una experiencia despojada supone —a través de una moratoria de las significaciones establecidas— la puesta entre paréntesis de los marcos axiológicos que se refrendan en los pactos mínimos o trascendentes de todos los días.

Se trata de un aspecto del fenómeno "caja de Pandora" que confluye en la configuración del espacio analítico cuando las raíces superyoicas, ideal-yoicas e imagoicas¹ de aquellos sistemas de valores se vuelven permeables. Lo

¹ A estas últimas las diferencio en tanto objetos flotantes, no estructuralmente integrados.

cual no consiste solamente en el momento negativo de suspender los deber hacer, pensar o sentir que lo escueto de la regla fundamental propone, sino en suscitar esta resultante nueva y productiva que, desde un compromiso con la búsqueda de verdades permite sostener la osadía de un método más allá "del trono y el altar" y sus representaciones internas.

Todo lo cual es congruente con la intención freudiana, que elaboró, rompiendo con estancos tradicionales, un *corpus* común de inteligibilidad de los sujetos, las instituciones y los productos culturales, lo que implica nada menos que una ontología relacional de la subjetividad y la cultura y una práctica congruente con aquélla.

El Psicoanálisis Valor es fruto de la elaboración —no directamente buscado y a menudo no reconocido, pues se da "por añadidura"—, que deviene en condición para el desarrollo cabal del análisis.

La puesta entre paréntesis de los emblemas personales que encarnan normas e ideales, abre curso al polimorfismo infantil impedido y a los diferentes mundos y coordenadas que su expansión imprevisible va generando.

Un salto cualitativo en ese camino está dado por la relativización de las referencias totémicas, las que están por lo común ocultas en la masa a menudo informe de sentidos que pueblan nuestro universo cultural.

En el curso del análisis de D., ya avanzado y que transcurría habitualmente en un buen clima de transferencia de trabajo, mencioné al pasar una actitud de su padre a la que había hecho referencia en varias oportunidades de manera crítica y a la que consideraba mortificante y típica de su modo de ser.

La situación cambió bruscamente y me interpeló con acritud acerca de "qué había querido decir".

De a poco pudimos retomar —parcialmente— el nivel elaborativo previo, pero hubo de pasar mucho tiempo antes que se pudiera abrir en superficie la cuestión y comprender que ningún derecho tenía yo de referirme livianamente a eso, implícitamente juzgarlo y, en última instancia, pretender cambiarlo, pues esas desagradables modalidades del padre eran, en todo caso, cosa de él.

Rasgos por otra parte muy diferentes de los que caracterizaban el estilo de D., y que constituían aspectos odiados y fascinantes, ligados esencialmente a un manejo arrogante de la distancia.

Mi intervención desaprensiva rozó la zona en la cual el sometimiento filial admirativo, que contenía una tremenda ambivalencia, guardaba atributos paternos que organizaban dimensiones infantiles de su "Self", preservándolo —en posición masoquista— al sostener la tensión diferencial con sus propias fragilidades.

Lugar penoso, pero totémicamente integrado.

Se comprende que el aflojamiento de los lazos identitarios y de las prohibiciones que suponen, sólo puede darse una vez instalado un vínculo transferencial consistente, que sostiene las fantasías de un cambio de ser y no sólo de un modo de ser.

Como nuestro caso lo muestra esto es arduo de encarar, pues aunque la regresión llegue a niveles profundos, los mitos originarios, que anudan los fantasmas singulares a la fantasmática familiar, pueden quedar intactos.

Si se logra penetrar en la intimidad de los ideales del yo, se ponen en juego aspectos narcisistas celosamente guardados, y la movilización consiguiente de las identificaciones da lugar a momentos difíciles, con manifestaciones en ciertos casos típicas.

Lo cual nos advierte una vez más acerca de no olvidar la conexión de fondo yo-ideal / ideal del yo, sobrevalorando la autonomía de este último.

Los ideales constituyen, en efecto, el refugio de las identificaciones primarias grandiosas, aunque su calidad y grado de potencia enajenante varíe.

Cuando el análisis llega a desagregar estos sistemas identificatorios basales la transferencia bascula entre rechazos y resistencias enconadas por una parte e intentos de apropiación incorporativa por otra.

Lo cual puede hacerse por engullimiento del analista que luego es re-proyectado, o, inversamente, acoplándose al sistema identitario de aquél.

Lo primero fue esencial en el mantenimiento del análisis de O., quien, desde el inicio, hizo un arreglo mental consigo mismo según el cual yo participaba de sus creencias y pertenecía –esto, por la forzatura que implicaba, sostenido con cierta ambigüedad– a su misma colectividad.

Lo cual le permitía analizarse sin culpa, facilitaba transferencias de tipo fraterno y resguardaba los valores que nos serían comunes.

Pero llegó un momento en que esta armonía, que por otra parte permitió elaboraciones consistentes, mostró una cara distinta.

En una sesión era evidente que se hallaba muy perseguido, hasta que se animó a decir, con mezcla de miedo y disfrute: “Escuché ciertos movimientos en su sillón y tuve la impresión de que ahí detrás usted se está debatiendo”.

Pudimos entonces desentrañar una fantasía de incorporación y aprisionamiento anal, que venía desde largo tiempo y daba cuenta de la clausura en que me tenía atrapado, volviéndome semejante de manera coercitiva.

Asimilación cruel, que anulaba el riesgo de interrogarse respecto de sus creencias y que el análisis ponía en riesgo, por lo que yo encarnaba la destrucción de sus va-

lores aunque en otro plano la posibilidad materializada de algo distinto que lo saque de sus encierros.

La vivificación de un objeto malo, dilacerante de las lealtades y referencias primarias, permitió desnudar necesidades elementales y el miedo a quedar desamparado en un vacío de pertenencias.

Mi figura representaba una suerte de iluminismo implacable; Santa Inquisición al revés que no paraba mientes en revelar la fragilidad de ciertos supuestos míticos que le permitían ser uno con los suyos.

La familiarización coercitiva de que fui objeto era proporcional a la violencia simbólica que el proceso podía desencadenar.

Y en su sadismo apropiatorio, además de asimilarme y anular diferencias, me castigaba, desde una identificación superyoica, por pretender transgredir —exponer— los lazos de origen.

El espacio, deslindable metapsicológicamente, entre sucesivas identificaciones correspondientes al núcleo del "Self", al superyó y a los objetos internos, es donde transcurren estas cuestiones.

Y es comprensible que un yo aterido reinvente un sitio y ligue la penumbra de los orígenes a la actualidad tangible de la figura del analista y a sus formas de pensar y sus creencias, imaginadas, intuitas o sabidas, a medida que la exfoliación de las capas de identificaciones progresa.

Es por eso que si bien el crisol de la transferencia del cual hablaba Freud puede de hecho fundir los lazos de la neurosis infantil, es preciso atravesar las resimbiotizaciones que propone, para crear ligámenes nuevos y potenciar el "crecimiento" (Bion) más allá del espacio analítico.

Es en ese tránsito que la ilusión de llegar a consumir la "novela familiar" —aunque suele no percibirse— es muy frecuente en el proceso analítico. Su elaboración es crucial, especialmente en la gestación del Psicoanálisis Valor, evitando que la regresión en el camino de las identificaciones se acomode dentro de los límites de un relato sobre el propio origen subordinado a la omnipotencia infantil.

Es natural que la suspensión de los juicios que impregnan los intercambios cotidianos cuando se manifiestan sentimientos, ideas o pasiones —contraparte implícita del pacto que induce la asociación libre— produzca angustia, al quedar pendulando en un vacío de pautas y opiniones.

Se trata de aquellas zonas delicadas de la neurosis transferencial en las cuales la activación de lo disociado tiende a fusiones regresivas, al reforzamiento consiguiente de la sugestibilidad y a un reverdecimiento del escrutar infantil respecto de qué piensan los padres y respecto de cómo hacer y cómo

ser, lo cual convoca complementariedades narcisistas contratransferenciales.

Si se atraviesan, el analizando puede protagonizar de modo inédito y activo sus compromisos y elecciones mientras los va elucidando, sin quedar fijado como descendiente fantasmagórico —eventualmente *ideal*— de su analista.

El *logos*, cuando el PS/V opera, confluye con el *mito* y produce alternativas a la novela familiar.

El logos purificado es estéril, palabra demasiado clara, sin resonancias ni convocatorias; confundido con el mito reverbera sin salida en el espacio clausurado de repeticiones que aun cuando no sean necesariamente desagradables u ominosas acumulan deterioro y entropía.

No resulta extraño que en el curso de estas elaboraciones surjan ideas de “hacerse analista”, al resurgir las fuentes primarias en la erección de ideales del yo y abrirse las esclusas del “serás/no serás como tu padre”.

Su análisis es fundamental, así como el del modo de tramitar los momentos de autoanálisis, que suponen nada menos que asumir en presencia de otro un pensamiento autónomo, dramatizando el relevo generacional y sus tensiones.

Dilucidar los engullimientos identificatorios, diferenciándolos de la sedimentación nueva de ideales y del enriquecimiento imaginativo posibilitados por la remoción de los imperativos categóricos infantiles o de las actitudes reactivas frente a ellos, es otro modo de entender la constitución del Psicoanálisis Valor.²

Son atributos esenciales de éste, en sus formas incipientes, los de *logro en común* y *secreto jerarquizado*, indisolublemente ligado a la singularidad de ese análisis.³

Ahora bien, y esto es clave, en su desarrollo paulatino se abre al mundo, más allá del solipsismo “a deux” que tiende a engendrarse sobre la base de las transferencias fusionales.

² La realización —*cum grano salis*— de la “novela familiar” en la construcción de la identidad psicoanalítica, con traslado de los aspectos infantiles a una nueva estirpe, vía análisis de formación, supervisiones, grupos de pertenencia, etc., es una perspectiva fecunda para el examen de aquella y con utilidad práctica, iluminando las complejas cuestiones *resistenciales* que puede implicar. Todo lo cual, como es comprensible, requiere un desarrollo aparte.

³ Sobre la cuestión del secreto en el proceso analítico y en la constitución de la subjetividad hay un excelente trabajo de Piera Aulagnier: “Le droit au secret: condition pour pouvoir penser”. *Nouvelle Revue de Psychanalyse*, XIV, 1976. (Hay edición española, en *El sentido perdido*, Trieb, Buenos Aires, 1980.)

Posee entonces una dialéctica interna, pues si bien se origina en la exclusión de terceros es matriz de un espacio nuevo de pensamiento, uno de cuyos polos tiende a la socialidad, trascendiendo la interioridad tanto del analizando cuanto del analista y de las reciprocidades que los vinculan.

Pero esta apertura no es pública.

Por eso, la compulsión de contar a otros lo que está sucediendo constituye una actuación, que tiende a conjurar la ira y la persecución de las imagos transferidas sobre aquéllos, amenazadas del despojo de su poder y apaciguadas mediante simulacros de confesión sacramental.

En un momento avanzado del análisis, inició J. un período de intensas conversaciones con su mujer en las que se explayaba con lujo de detalles sobre lo "visto" en las sesiones, cosa totalmente novedosa, pues hasta ese momento una cuidadosa discreción protegía su privacidad.

Aparentemente se trataba de un comportamiento inimputable, aunque podía sospecharse un exceso de veracidad y algo abrumador y extemporáneo en las confidencias.

Pero al hacerse distónico por lo compulsivo fue posible relanzar un examen nuevo de sus dependencias, que mostraron en sucesivas vueltas de espiral, estratos distintos de regresión.

A partir de allí un clima nuevo impregnó la situación, y el valor privacidad, ahora admitido, solidificó el análisis como recinto a preservar en sí mismo, sin referencia utilitaria directa y sus tutelas externas.

Y a partir de este movimiento, nada espectacular en sus manifestaciones aparentes, todo el universo de los espacios convivenciales se resignificó, al adquirir J. derechos inéditos sobre sus pensamientos, librándose de la obligación de rendir cuentas.

Una situación de esa índole, que recoge muchas elaboraciones y muta la perspectiva del analizando, sólo es posible en tramos avanzados del análisis.

De allí que sea diferente a lo que suele observarse en los inicios, cuando alguien cercano, dócil o curioso —o ambas cosas—, es forzado a ser partícipe del mundo al que se va accediendo, identificando proyectivamente en aquél la normatividad propia de las lealtades que comienzan a ponerse en tela de juicio.

En estos casos el PS/V no rige aún, y en el trance se erige una suerte de acompañante funcional para el vacío agorafóbico que suele producir la asociación libre en el plano simbólico y para otros miedos removidos, con la ventaja de que además se lo apacigua al serle "contado todo" (cosa obviamente imposible), neutralizando la persecución merecida por la transgresión en curso.

El PS/V se sostiene en la cualidad relativa del espacio analítico como guía de vida y marco de existencia, y una función crucial de las instituciones psicoanalíticas es la de sostener esa condición.

Pues se trata de un eje del proceso que torna asible y concreta la intención freudiana de que sea la ciencia la única *Weltanschauung* que nos es pertinente, y que además es congruente con la convicción de que lo infantil sofozado y desarticulado y sus caminos singulares de realización son el modo de instaurar una práctica de la verdad en el territorio de la subjetividad.

De ahí que lo planteemos como *valor* y no como nueva fuente de sentidos, que reemplace –al modo de un metasentido superior y sobrenadante– las incertidumbres intra y extraanalíticas.

O sea, las “de la vida”, como suele decirse, al contraponerlas al “reino intermedio” (Freud) que ponemos en marcha.

Por todo esto, aun cuando un análisis consolidado se sitúe en los márgenes de los vínculos sociales convencionales, supera la mera y atractiva complicidad entre analista y analizando, sin que obste para que todo lo que aquella moviliza siga siendo una fuente emocional e ideativa importante.

Es también por esto que el Psicoanálisis Valor puede sobrepasar las diversas contingencias del análisis, y se mantiene vivo y subyacente cuando la transferencia negativa en cualquiera de sus formas, o la incompreensión del material, dominan el campo.

Entonces:

- Es un producto específico del proceso analítico, y tanto su emergencia cuanto su consolidación y cambios definen *momentos* de aquél.
- Se trata de una típica resultante *sublimatoria*, que posee autonomía relativa, tanto respecto de sus orígenes cuanto de los avatares transferenciales que puedan tener lugar.
- Siendo uno de sus atributos el de perdurar, a la vez, como propio pero también referido a la exterioridad del mundo y de los otros, *plantea una tensión interior de raíz narcisista*. Pues supone un desprendimiento de lo engendrado y resignación de su exclusiva autoría.
- Ha sido *construido*, lo que lo diferencia de lo mágicamente recibido.

Examinemos estas ideas, para lo cual se hace necesario dar un pequeño rodeo.

La periodización de un análisis es un tema importante, que requiere aclarar aquellos aspectos que sirven para dar cuenta de transformaciones y tendencias.

Una forma clásica consistió, como sabemos, en tomar las etapas señaladas por Abraham-Freud en la evolución de la libido y trasladarlas sin más al movimiento de la cura.

El pasaje desde lo narcisista a lo objetal, y desde las primeras formas de satisfacción libidinal a las posteriores y evolucionadas, venciendo las resistencias que obedecían a la viscosidad de la libido y a las angustias sucesivamente suscitadas, trazaba un arco de progreso y permitía circunscribir la multiplicidad de datos clínicos en un esquema inteligible y pertinente, estrictamente psicoanalítico, más allá del mecanicismo al que podía conducir.

Desde otra perspectiva, la instauración paulatina de la neurosis de transferencia, su despliegue y finalmente su disolución, sirvieron para marcar pasos ideales y a la vez necesarios a cumplir.

Las ideas de Melanie Klein de las posiciones paranoide-esquizoide y depresiva elevaron la abstracción, pues en ellas se trata de la basculación entre conjuntos de angustias y defensas que nunca se resuelven en una síntesis final, dado que los logros integrativos y sus resultantes reparatorias tienen una cualidad asintótica.¹

En nuestro caso nos ha parecido adecuado tomar la idea freudiana de “*corrientes de la vida psíquica*”² para definir lo dominante en cada uno de los momentos de un análisis.

Es una denominación lo suficientemente alegórica como para poder connotar diferentes contenidos, tiene una obvia implicancia de movimiento y permite precisar, sobre aquella indicación genérica, componentes pulsionales y fantasmáticos que la integran y, correlativamente, específicas relaciones de objeto.

Desde allí pueden entenderse las particularidades que muestren los impulsos de saber y dominar, así como los criterios de reparación y sublimación y el destino de los residuos y de lo importante sedimentado en determinado momento del vínculo transferencial, junto a los aspectos de la realidad que entren en consideración a partir de las fantasías dominantes.

Pues es allí, entre “heces y orina”, donde nace y decanta ese específico objeto simbólico que constituye el Psicoanálisis Valor.

T., lleno de escepticismo respecto de lo que podía esperar del análisis, afirma que el único motivo por el cual permanece es lo ya invertido en tiempo y dinero.

Irse supondría la ratificación irreversible de un fracaso y “...una estupidez más...”, por lo que continúa aunque sin saber a ciencia cierta por qué.

¹ Recordemos la función de la basculación Ps—D en las ideas de Bion.

² Utilizada en el historial del “Hombre de los lobos”.

Se trata evidentemente de una ligazón reducida a su mínima expresión, que roza una actitud masoquista, puesto que se trata de permanecer en algo que para nada le sirve.

Ahora bien, cuando estas ideas pudieron expandirse, afloró una masa de dudas respecto de lo que la pobre relación entre dos personas podía dar, lo cual se basaba en la negación infantil de las cualidades portentosas asignadas a la escena primaria y sus productos.

Este nivel primordial se materializaba a través de alusiones pasajeras a otros pacientes que sin duda lograban resultados distintos, lo cual, más allá de los celos, permitía entrever un núcleo vedado de intercambios fecundos.

Aislar esas potencialidades del propio análisis lo tornaba atemperado —lo cual de paso toca el interesantísimo tema de la aparición y sedimentación temporaria o estable de rasgos de carácter—, pero al modo de un adolescente superior y distante.

Y en el fondo estéril, por lo que se precipitaba en el escepticismo y en actitudes de crueldad moral para con el analista, exigido a hacerle demostraciones de la utilidad, valor y sentido de la tarea en común.

Atravesado este momento —configuración definible por un modo de relación dependiente de la fantasmática y el juego pulsional propios de la corriente dominante, que restringe la gama de movimientos posibles—⁶ se recuperó la confianza, acompañada de un asombro por partida doble.

Por una parte estaba la cuestión de cómo pudo restablecerse aquel estado luego de un lapso tan prolongado de descreimiento.

Por otra, y esto es lo esencial, la sensación de que aun durante los peores tramos del mismo, por cuerda separada, se contaba con que el análisis iba a poder resistir.

Aclarando aquí que lo de “análisis” no connotaba una abstracción de la figura del analista ni tampoco del vínculo con él, sino una alteridad tercera que jugaba, aunque de manera larval y oculta, más allá de ambos.

Precisamente este es un punto clave en la estructura del PS/V: el desprendimiento de la figura concreta del analista y del vínculo analizando/analista.

Pero se trata de un buen desprendimiento; en cambio, si se realiza en clave persecutoria o como prescindencia maniaca, el contorno personal no puede fungir como abstracción confiable, como sedimentación de humanidad concretada en el trabajo analítico.

Y es en esto en que consiste el Psicoanálisis Valor.

⁶ Se ve en este punto la condición molar (por oposición a molecular o atómica) de la idea de “corriente de la vida psíquica”. No podemos extendernos aquí sobre ella, pero se trata de entender que de totalidades complejas y contradictorias transferencialmente activadas emergerán los componentes primordiales del Psicoanálisis Valor y le darán sus peculiaridades. No depende entonces de la convergencia de partes “maduras” preexistentes de analizando y analista —las que no tienen por qué ser descartadas— sino de una resultante aleatoria de lo vital, reparatorio y creativo incluido en la heterogeneidad psíquica de los protagonistas del análisis y posibilitado por éste.

Las sucesivas unidades formales en que puede dividirse el proceso analítico —el tiempo de una sesión, por ejemplo— permiten acumulaciones elaborativas una de cuyas resultantes es un nuevo plano u horizonte de verosimilitud.

Cuando éste se asienta se tornan plausibles afectos y relaciones de sentido diferentes de los que campean en la lógica preconciente.

El campo de los posibles se amplía, cambia la categorización espontánea de lo *“inconcebible por mí”* (lo cual en rigor quiere decir intolerable para el superyó, para otros, para ciertos objetos internos, para con los ideales y la propia imagen referida), y se instaura un nuevo momento en el devenir del análisis.

La normatividad genérica de la cultura específica y la coerción superyoica entran en crisis, al pasar desde el horizonte restrictivo de los síntomas al de mundos diversos que retoman potencialidades infantiles disociadas.

Pues los síntomas, por la extravagancia mayor o menor que siempre poseen, son en sí mismos una provocación a la inercia de sentido que domina al preconciente y tiende a organizar —espontánea y resistencialmente—, los primeros tiempos de un análisis.

De allí que la puesta en tela de juicio de los criterios convencionales de jerarquización de temas y detalles, y de licitud de los afectos e impulsos a reconocer como propios, sean hitos clave en la constitución del Psicoanálisis Valor, lo cual se trasunta en un salto cualitativo en el tratamiento del material.

Los tiempos y urgencias transferenciales y la polivocidad de las asociaciones adquieren toda su fuerza potencial, así como la imperiosidad de eventuales cursos de acción.

Las pulsiones de saber y dominio, ejercitadas en los ejes transferenciales primarios al modo de penetración en el interior/cabeza del analista para apropiarse de manera astuta o arrancatoria de sus ideas y del órgano que las engendra (y que dan lugar a fantasmáticas megalománico-persecutorias de fin de análisis), se transforman, pues adquieren condición objetal transnarcisista. Pero como arriba apuntamos, eso no ocurre sin atravesar los encandilamientos propios de toda gestación.

El balance entre perseverar en un procedimiento que sólo se sostiene en referencia a las verdades cuya emergencia posibilita y el proteger sus logros congelándolos, es siempre difícil.

En tal contexto al Psicoanálisis Valor es posible imaginarlo como un organismo vivo, lo cual, por una parte, metafORIZA respecto de su pregnancia

pero también de su fragilidad, y por otra marca la diferencia con una acumulación inerte de esclarecimientos.

De allí que se constituya de hecho en interpelación virtual respecto de los esfuerzos por establecer de manera exterior y convencional –con fines institucionales, por ejemplo– los progresos de un análisis.

Éste avanza siempre convergiendo en la singularidad concreta del desentrañamiento de un sueño, de un síntoma, de una fantasía transferencial o de un “acting out” determinado: finalmente, de un analizando.

Por lo que resulta comprensible que la subjetividad expandida (no es feliz la metáfora de desecación del Zuiderzee) desespere a quien pretenda codificar burocráticamente grados y escalafones psicoanalíticos, excluyéndolos de la complejidad que suponen.

Incluso las nosografías que manejamos tienen sentido sólo en proceso, como momentos de abstracción y de reordenamiento de los hechos, y los universales que en un análisis juegan –las teorías sexuales de los niños, las afinidades edípicas, los miedos de todos, el desamparo– se realizan sólo en la concreción de aquel singular.

Y de todo esto el Psicoanálisis Valor es legitimante desde su doble faz: reservorio de los marcos provisionarios que el sucederse de verdades va decantando y polo de apertura a las interrogaciones respecto de la esencia de nuestra clínica y de lo que desde ella rezuma como producto cultural.

El cuidado del propio análisis nos pone sobre la pista de los distintos componentes de este objeto nuevo.

Convergen en él impulsos reparatorios y de conservación de la cría, pero, precisamente, despojándose de los rasgos de preocupación hipocondríaca y sobreprotectora a medida que se cuenta con un núcleo consolidado, que no depende tanto de situaciones puntuales o de instantes críticos o negativos.

En rigor, la puesta en juego de la asociación libre y de la atención parejamente flotante se basa primero en un ordenamiento prescriptivo tendiente a preparar el campo, y sólo muestran su fecundidad entre lúdica y creativa cuando se han desprendido fantasías y reservas energéticas que se ponen al servicio de proseguir la búsqueda de verdades sepultadas.

Al remitir el análisis, y no por exigencias externas sino por condiciones intrínsecas del proceso (lo cual es esencial), a un más allá del entre-dos, como ya señalamos, analizando y analista se liberan de las pautas de la *instantaneidad*, el *absoluto* o el *continuo eterno* propios del régimen narcisista, y aquél deviene en plenitud *producto cultural*.

Juega así entre el universo del uso y los cuidados primarios y el de los

intercambios simbólicos: en su médula coexisten el *valor estético*, el de *verdad* y el de *lo frágil a preservar*.

De allí su trascender al mundo de las significaciones culturales, aunque la inmanencia propia de la singularidad de cada proceso lo acerque a lo intrasmisible.

Si S. consuma un encuentro afectivo postergado por años, y ello surge como acción colateral a la elaboración en curso, las intervenciones no prescriptivas se fundan no sólo en una suspensión pasiva de juicios de valor y en una desprejuiciada amplitud de espíritu, sino en contar con que el trabajo analítico puede proseguir, incluso enriquecido con las peripecias emocionales, vacilaciones y culpas redivivas.

El eventual daño al vínculo con su marido ingresa en un régimen complejo de remordimientos y retaliaciones temidas, pero transcurriendo en un ámbito personal autoconsistente, por entero diferente de las ansiedades paranoides que impregnaban la transferencia durante largo tiempo.

No se trata de convalidar maníacamente un aprendizaje por ensayo y error apoyado en alguna ideología de liberación sexual, papel que el psicoanálisis jugó en su momento en varias latitudes, en tanto crítica de las costumbres.

En nuestro caso la diferencia consistía en que la acción emprendida no tenía la elementalidad de la compulsión, con su cortocircuito y la amputación por "splitting" masivo de interrogantes de difícil recuperación, sino se situaba en el mismo horizonte de oscilación entre relativos y absolutos que posibilitaba el juego imaginario/simbólico del análisis.

En cambio, en un período anterior, las fantasías vinculadas a este asunto, en tanto se mezclaban con situaciones transferenciales, de haberse consumado hubieran tenido por objeto aliviar la tensión erótica del campo.

Lo que hubiera constituido, estrictamente, un "acting out".

No era este el caso en la situación descrita: el análisis contenía, no sólo como "holding" cálido y permisivo en tanto premoral, sino como lugar de retorno, incluso presente de algún modo durante la acción de explorar el mundo para aclarar interrogantes abiertos y consumir acciones inconclusas.

De ahí lo peculiar de la función regulativa del PS/V una vez constituido, puesto que opera como un conjunto de para-valores respecto de normatividades vigentes.

No es por ende un espacio libertario ni un capricho "a deux" sistematizado, sino un ámbito de significancia —o sea de radicalización de sentidos a partir de la propia gestación enunciativa—, que reformula el pensar y sus normas preconcientes.

Pues se trata de elaborar y no sólo de disociar más adecuadamente, por lo que los niveles simbólicos más desarrollados y las conexiones de sentido deben implicarse, complicarse e impregnarse con las lógicas propias de las diversas corrientes de la vida psíquica, que sólo un proceso psicoanalítico logrado pone en curso de manera ampliada.

Es importante la insistencia en este punto, pues la cercanía entre narcisismo, perversión y sublimación es evidente en la constitución del PS/V, y por lo tanto importante para dilucidar la metapsicología del proceso analítico.

Como arriba dijimos, la institución que instauramos se inscribe en la cultura y trasciende por lo tanto la restricción fecunda que permite trabajar desde la consistencia del campo analítico.

Pero su trascender no remite más allá de los hombres –es laico e “infidel”– aunque sí más allá del vínculo entre dos y del desvío que supone erigirlo en fetiche.

Caricatura invertida del Psicoanálisis Valor, la fetichización recrea un núcleo dador de verdad y sentidos, con su cohorte de depositarios y administradores.

Es por ello –y sólo menciono al pasar una problemática inmensa– que la guarda de los conocimientos y procederes, incluso el contribuir al sostén de una ética en los pasos sucesivos de la cura, sólo es posible si la institución psicoanalítica soporta una perspectiva irónica respecto de su propia trascendencia formal.

Es decir, no olvidando que el psicoanálisis es un recurso profundo y noble, ejercido entre humanos, y que puede llegar a producir verdad, alivio, sentido y belleza más allá de lo normatizado y lo previsible desde cada uno.

Y como lo esencial se juega *in situ*, es bueno todo aquello que sirva para sostener en la clínica esa peculiar institución mínima no saturada, que al convocar los repliegues personales más profundos los sitúa en una perspectiva de racionalidad crítica que asume lo infantil polimorfo y disociado, sus potencialidades y sus posibles cambios de destino.

El PS/V constituido es tenaz y consistente, pero no inmune a eventuales desgastes y a la malignidad de ataques sádicos, puesto que diversos impulsos destructivos y muy específicamente la envidia hallan en él un blanco privilegiado.

En este sentido la Reacción Terapéutica Negativa vera –pues suele confundírsela con formas ostensibles e hirientes, aunque menos perniciosas de transferencia negativa– es pensable en relación a tentativas *sistemáticas* (“inteligentes”) de aniquilamiento del PS/V.

De allí que nos hallemos también en las zonas del *odio* y el *desánimo* contratransferenciales.

Núcleos melancólicos del lado del analista que hacen imprescindible su dilucidación, pues impiden el desprendimiento y llegan a constituir un sistema fusional parasitario que coexiste con el PS/V.

Con lo cual nos enfrentamos a una escisión de proceso analítico, y no sólo de campo, que constituye la base para una eventual caracteropatía de transferencia, puesto que incluso *lo bueno* —comprensión del material, esclarecimientos— es tomado para nutrir un sistema resistencial articulado sobre premisas narcisistas.

La disolución de la neurosis de transferencia da lugar a un precipitado peculiar y definitivo del PS/V.

Es un momento delicado puesto que se reavivan las tendencias fetichizantes e idolátricas, que pueden cristalizar disociadamente respecto de aquél.

Pero aun en tales circunstancias, de resolución no feliz del ligamen transferencial, puede constatarse la solidez del Psicoanálisis Valor.

Lo cual se comprueba cuando su potencial de verdad y excentración productiva se recupera en un eventual reanálisis, habiendo perdurado de modo activo en los procesamientos simbólicos, las metabolizaciones traumáticas y las resoluciones de contingencias de la vida, pero apartado de la referenciación preconciente al análisis que tuvo lugar y del “suave enamoramiento” característico de la transferencia positiva sublimada, a diferencia de lo que ocurría durante el curso de aquél.